

COLECCIÓN ENTRE PIEDRAS, 12

ANIMALES IN HARENA

Colección *Entre piedras*
bajo la dirección
de
José Miguel Parra Ortiz

© De los textos: María Engracia Muñoz-Santos
© Foto de portadilla: The Metropolitan Museum of Art

© Confluencias, 2016
www.editorialconfluencias.com

Corrección de pruebas: María del Mar Domínguez Álvarez
Maquetación y diseño: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Revisión editorial: Natalia Karpacz
Impreso en PODIPRINT, Antequera, España

ISBN: 978-84-946380-4-6
Depósito Legal: AL 1944-2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y prestamos públicos.

MARÍA ENGRACIA
MUÑOZ-SANTOS

ANIMALES
IN
HARENA

LOS ANIMALES EXÓTICOS
EN LOS ESPECTÁCULOS ROMANOS

Prólogo de
Sabine Panzram


CONFLUENCIAS
EDITORIAL

*A Manolo,
mi compañero de viaje*

*Los animales salvajes nunca matan por deporte.
El hombre es el único para quien la tortura y la muerte del
prójimo son divertidas en sí mismas.*

James Anthony Froude

ÍNDICE

PRÓLOGO	
Animales en la arena	13
INTRODUCCIÓN	19
I. A Roma le gustan los animales	33
II. A Roma le gustan los animales exóticos	53
III. La captura y el transporte: los animales antes de llegar a Roma	67
IV. En Roma: la espera antes del espectáculo	89
V. Arquitectura adaptada para los espectáculos de animales	99
VI. Tras el espectáculo	133
Conclusiones	143
Bibliografía	145
Fuentes clásicas	151



PRÓLOGO
ANIMALES EN LA ARENA

Cuenta Suetonio («Vespasiano», 9) que fue Vespasiano quien hizo construir un gran anfiteatro en medio de la ciudad de Roma, tal y como Augusto había planeado. A partir del año 71 d. C., el edificio comenzó a alzarse en el valle situado entre el Palatino, el Esquilino y el Celio, en medio de lo que debía de haber sido la *Domus Aurea* de Nerón y ocupando una superficie de unos 3.357 m², con un eje longitudinal de 188 m, un eje lateral de 156 m y un perímetro exterior que alcanza los 500 m aproximadamente. De los cuatro pisos en los que su fachada está estructurada, los primeros tres se componen de ochenta arcos flanqueados, respectivamente, por columnas de orden toscano, jónico y corintio, en tanto que el cuarto piso carece de arquería y son áticas las pilastras que enmarcan sus ochenta casillas. Las imágenes del edificio que se encuentran reproducidas en el reverso de monedas, y también en uno de los relieves de la llamada tumba de los *Haterii*, muestran que las arcadas estaban decoradas con estatuas de dioses y héroes, una cuadriga servía de decoración a un arco que

se hallaba en el centro del segundo piso, un escudo adornaba una de cada dos casillas del último piso y centenares de escenas estucadas de pequeño tamaño ilustraban las bóvedas. El anfiteatro tenía una capacidad para unos 50.000 espectadores, que entraban al edificio por los ochenta arcos del piso inferior y luego subían las escaleras que les permitían acceder a los cinco sectores en los que la cávea estaba dividida; allí tomaban asiento en el lugar que correspondía a cada uno de acuerdo con su posición dentro de la jerarquía de la sociedad romana. En el centro de la parte que daba al norte, un arco señalaba el lugar en el que se ubicaban los asientos reservados para el emperador y su séquito.

Aunque las obras se iniciaron durante el reinado de Vespasiano, no se concluyeron hasta el tiempo de su hijo Tito, quien inauguró el anfiteatro en el año 80 d. C. con unas fiestas acordes a la magnitud del edificio y desarrolladas con un esplendor nunca visto hasta entonces. Se sucedieron las *venationes* y las *naumachiae*, y cinco mil animales fueron sacrificados en un solo día, cifra que ascendió a nueve mil durante los cien días que duraron las fiestas (Suetonio, «Tito», 7,3; Dion Casio LXVI, 25); entre esos animales había osos de Caledonia y de Lucania, toros con ganas de luchar, leones de un tamaño jamás visto antes, feroces jabalíes, panteras que saltaban ágilmente, tigres de Hircania, etc. (Marcial, *Epigramas*, 7-9; 11-15; 18). Con la vista puesta tanto en todos esos animales exóticos que se presentaron en la arena y cuyos lugares de procedencia abarcaban desde Escocia hasta el mar Caspio, como en otros curiosos espectáculos que asombraron a los espectadores (por ejemplo, mujeres

imitando a Hércules y a las Nereidas, como narra Marcial en *Epigramas*, 6; 26), un testigo presencial como el poeta de BÍlbilis no duda en afirmar que ningún pueblo puede ser tan bárbaro como para no acudir a Roma a toda prisa para ensalzar esta nueva maravilla del mundo: «Toda obra humana debe ceder al anfiteatro del César, la fama celebrará únicamente ésta por todas» (Marcial, *Epigramas*, 3; 1, 7-8).

Pero no es la arquitectura del *Amphitheatrum Flavium*, ni su programa escultórico, ni las luchas entre los gladiadores en la arena o su impacto social sobre el público, lo que ha llamado la atención de M.^a Engracia Muñoz Santos. Han sido los animales exóticos a los ojos de un romano, esos osos, tigres, leones, elefantes y panteras, cuyo aspecto provocaba entre los romanos a la vez sorpresa, admiración y miedo. A ellos dedicó la autora su trabajo de fin de máster, del que ha resultado el libro que ahora tiene el lector en sus manos. No le corresponde al responsable de un prólogo explicar la estructura de una obra que el autor va a detallar con mayor conocimiento y precisión en la introducción a su trabajo. Sí quisiera, no obstante, hacer especial hincapié en la importancia que tiene la línea de trabajo que desarrolla la autora, de la cual es fruto un libro que llena una laguna existente en la bibliografía española. M.^a Engracia Muñoz estudia cómo eran capturadas y transportadas las fieras hasta Roma, cómo eran cuidadas y mantenidas allí hasta que veían llegar el día del espectáculo... y otros muchos temas relacionados con esos animales, que eran arrebatados de su entorno natural para servir de entretenimiento al pueblo de Roma. Para ello, la autora se sirve tanto de las

informaciones que transmiten las fuentes escritas, sean literarias o epigráficas, como de los datos que proporciona la arqueología. Esta última es, en efecto, una fuente de información esencial, pues, por ejemplo, los mosaicos y los relieves ponen ante nuestros ojos de manera vívida la captura de los animales mediante redes o trampas en los rincones más remotos de la llamada *oikouménē*, su transporte hacia el embarcadero o su viaje en barco en dirección a Roma. Las imágenes que acompañan al libro, recogidas en el anejo, hacen de su lectura un placer también estético; con su ayuda, el lector participa del viaje, sumergiéndose en el mundo de los aventureros y los comerciantes que iban en busca de las fieras, pero también en el mundo de los promotores que organizaban los espectáculos y de los aficionados que disfrutaban de ellos. El resultado es, como puede suceder cuando un viajero visita tierras lejanas, ambiguo. Por un lado, lo que el viajero ha visto y vivido supera sus expectativas, y es ésa la sensación que deja en el lector un libro bien documentado y bien informado bibliográficamente, escrito con honradez, valentía y entusiasmo, que se lee con facilidad sin dejar de ser fecundo desde un punto de vista histórico. Pero, por otro lado, como a menudo ocurre al final de un viaje sugerente, el lector se queda con ganas de volver a partir, de saber más sobre ese mundo que ha conocido. De ahí nuestra sugerencia a la autora de que vuelva a embarcarse ella también para seguir navegando por la línea de investigación que ha emprendido.

SABINE PANZRAM

Universidad de Hamburgo, 2016

MARÍA ENGRACIA
MUÑOZ-SANTOS

ANIMALES
IN
HARENA

LOS ANIMALES EXÓTICOS
EN LOS ESPECTÁCULOS ROMANOS

INTRODUCCIÓN

Que los romanos eran eminentemente soldados es un hecho que incluso quedaba reflejado en sus preferencias a la hora de disfrutar de un espectáculo. En ellos estaban presentes la valentía, el coraje, la virilidad... las grandes virtudes de un luchador. Ya fuesen los espectadores civiles, militares, políticos, mujeres o niños, los espectáculos de los anfiteatros tenían un carácter predominantemente castrense, porque todo romano, fuese de la categoría que fuese, había sido educado en esta condición.

Bien conocidas son las luchas de gladiadores, aunque el público general las malinterprete. No se trataba de la simple pelea entre dos personas, eran, en realidad, competiciones deportivas donde luchaba una pareja de hombres preparados físicamente, entrenados en las tácticas, conocedores de su armamento, que peleaban con unas reglas y disponían de árbitros. Nosotros no podemos entender este tipo de juegos, que ahora vemos violentos; pero para los romanos, inmersos como estaban en un mundo brutal, en el cual eran las armas

las que tenían el poder sobre la naturaleza que los rodeaba, la violencia estaba institucionalizada, y el deporte no iba a ser una excepción.

En un principio, las luchas no buscaban la muerte del contrincante, aunque ese era un riesgo que corría el luchador. En este deporte eran necesarias las armas, y éstas estaban afiladas, siendo los accidentes muy comunes. Pero la muerte no era el objetivo principal del juego. Un gladiador era un esclavo muy caro, al que había que mimar (si se me permite la expresión) y cuidar y no era una opción dejar que una estrella de la arena muriese, ya que con él no sólo moría una gran inversión, sino también una fuente muy importante de ingresos, tanto para el *editor* (quien patrocinaba el espectáculo) como para el *lanista* (el comerciante que aportaba el gladiador). El espectáculo, a ojos del espectador, no era la muerte, el espectáculo era la vida, la lucha entre dos contrincantes igualados. Un ejemplo de la importancia de este hecho es que Augusto llegó incluso a prohibir la muerte de los gladiadores en los juegos.

Estos espectáculos comenzaron como una lucha de hombres relacionada con la defunción de un tercero. Era un rito heredado de los etruscos que, a su vez, lo habían heredado de los griegos. La primera lucha de dos iguales aparece en la *Iliada*, se trataba de la denominada *monomachia*, aunque esta vez no como parte de los ritos funerarios dedicados a un gran personaje, sino en el duelo por la bella Helena; los contrincantes fueron Aquiles y Menelao. Los primeros juegos fúnebres que se celebraron en Hispania fueron los de P. Cornelio

Escipión en Carthago Nova, en memoria de su padre y de su tío: «Escipión volvió a Cartagena para cumplir sus votos de ofrecer un espectáculo de gladiadores, que había preparado en honor a la memoria de su padre y de su tío. Los gladiadores, en esta ocasión, no procedían de la clase de la que los entrenadores solían obtenerlos —esclavos y hombres que venden su sangre—, sino que eran todos voluntarios y prestaron sus servicios gratuitamente».

Las celebraciones fueron creciendo en número, cada vez eran más las peleas que se organizaban. Al mismo tiempo, también crecían en espectacularidad y en cantidad de parejas luchando. En estos momentos aún no estaban en manos del Estado romano, eran celebraciones privadas, que cada vez necesitaban de un mayor desembolso. La arena pasaba paulatinamente de ser un lugar donde se honraba la muerte con una lucha a sangre, a convertirse en una actividad que daba al organizador un gran poder sobre los espectadores.

Con el paso del tiempo, este tipo de espectáculos fue convirtiéndose en algo genuinamente romano, con lo que esto conllevaba para un pueblo en expansión por nuevas tierras y que imponía la romanización allá por donde pasaba. Roma era fuerte y debía dejarlo bien claro. De todos modos, las luchas de gladiadores no eran el único espectáculo que se practicaba en el anfiteatro, aunque sí el primero. Fue a partir del siglo II a. C. cuando pasó a formar parte de los espectáculos la ejecución de todos aquellos que no aceptaban las imposiciones de Roma: criminales, prisioneros y desertores, por poner un ejemplo; pero

siempre impregnados de esa necesidad de demostrar una piedad a los dioses, generosidad a la gente y devoción a la familia.

Debido a la gran acogida que entre el público tenían los espectáculos anfiteatrales, el Estado romano comenzó a patrocinarlos para utilizarlos en su propio beneficio con objetivos claramente políticos. Fue en ese momento cuando se redactaron las *Leges gladiatorae* (105 a. C.), que variaban en cada provincia, pero que en todas se encargaban de regular su organización.

Los combates de gladiadores comienzan entonces a ser organizados por los políticos, que con ellos obtenían un gran beneficio. Esto hizo que la competencia fuera cada vez mayor, lo que llevó a una creatividad creciente por parte de los organizadores, hasta que ya en el siglo I a. C. se termine buscando ofrecer aquello que nadie antes había realizado: la novedad, para no aburrir al espectador. Hay que tener en cuenta que Roma tenía 159 días festivos, en los que se celebraban espectáculos, con Augusto, 65 de ellos ya eran financiados por el Estado, con Claudio fueron 93 y con Marco Aurelio se incrementó la inversión, además de los días festivos, pasándose a 235, todos ellos financiados por Roma; esto nos puede dar una idea de lo dificultoso que podía llegar a ser el conseguir una novedad en la arena. Y es en este contexto donde aparecen tanto la *venatio*, o lucha de hombres contra animales salvajes, como la exhibición de esos animales.

Destacaremos de nuevo que, tanto el *munus*, o lucha de gladiadores, como las exhibiciones y *venationes* eran la forma de representar el poder de Roma durante su

conquista del mundo. En la arena aparecían hombres y animales de todas las regiones ocupadas por Roma. Queremos insistir en el hecho de que los espectáculos ayudaban a estructurar la sociedad romana y, al mismo tiempo, a definir lo que significaba ser romano. Los espectadores que asistían a los espectáculos eran de todas clases y todos disfrutaban de ellos, pues se trataba de juegos realizados para «ver y ser vistos», uno de cuyos objetivos era la espectacularidad, y otro, el principal, demostrar el poder de Roma y sorprender al espectador.

Es en este momento cuando hay que enmarcar la aparición de los animales, ya sea en luchas contra fieras (*venationes*), exhibiciones de animales exóticos, los espectáculos de animales adiestrados, etc., se atribuye a Augusto la división del espectáculo diario en tres partes: la caza, que se celebra desde las nueve de la mañana; las ejecuciones públicas por medio de animales, al mediodía, con la tarde dedicada a las ya tradicionales luchas de gladiadores; por lo tanto, la aparición del animal en la arena ya estaba institucionalizada. El emperador debía suministrar al pueblo de la capital del Imperio los animales para su diversión, era una forma de justificar ante ellos el poder de Roma en el mundo y, por parte de los espectadores, de poder disfrutar de un poder que, al fin y al cabo, era de todos ellos, que eran quienes ponían el esfuerzo. Todo lo cual quedaba reflejado en la simbología que llenaba el espectáculo, donde Roma, la potencia superior, se enfrentaba a la barbarie, representada por los animales, para dominarla.